

circunstancia de no desmentirle su soberano, que era menester llegar hasta la guerra para salvar á la Sajonia, dar de mano á todo falso escrúpulo respecto de Francia, aceptar su apoyo, si queria prestarlo, y valerse de él para repeler á Prusia hácia el Brandenburgo, y arrollar más allá del Vístula á Rusia. Cincuenta mil bávaros ofrecia por lo ménos, de continuo veia á Mr. de Talleyrand y á Mr. de Dalberg, é insistia para que avanzasen más todavía. Sin embargo temeroso el rey de Baviera de infundir recelos, á causa de su antigua intimidad con Francia, no se atrevia á ver á Mr. de Talleyrand personalmente, aun enviándole recados los más afectuosos y los más apremiantes en el sentido de nuestra comun política.

Otro estado alemán habia que la prestaba grande ayuda, el Hanóver, que desde 1813 habia recuperado su independencia. Simple elector de Hanóver en otros días el rey de Inglaterra, no queriendo tener en Alemania un título menor que el soberano de Wurtemberg, calificado de rey por Napoleón, tomó el título real y se apresuró á concedérselo todo el mundo. Representado estaba el Hanóver en el congreso por Mr. de Munster, que se declaraba formalmente á favor de Sajonia. Pero, según costumbre secular, el ministro hanoveriano no siempre se hallaba en perfecta conformidad de miras con el ministro británico, que seguia una marcha propia, determinada á la vez por el interés exclusivo de Inglaterra, y por el del gabinete en el parlamento. Sin embargo, el Hanóver podia prestar un importante servicio á Alemania, y era el de hacer que el príncipe regente de Inglaterra influyera sobre los ministros ingleses, para dispo-

nerlos favorablemente respecto de Sajonia, y esta influencia debia ser de grande utilidad como se verá mas tarde. Hesse, Baden, y en general todos los pequeños estados estaban prontos á unirse á los de Baviera, Wurtemberg, y Hanóver, para hacer en caso de necesidad una manifestacion extremadamente significativa, á favor de Sajonia, y solo aguardaban la señal de los estados principales. Con el fin de ocupar á los príncipes alemanes, á pesar de la suspension del congreso y del aplazamiento de todo trabajo de oficio, se formó una comision compuesta de Austria, de Prusia, de Baviera, de Wurtemberg, de Hanóver, para redactar un proyecto de constitucion germánica, y se dió la presidencia á Baviera, para indemnizarla de no pertenecer á la gran comision europea. En esta comision alemana, donde dominaba el espíritu de los príncipes de segundo orden, se manifestaba de todas las maneras posibles la resolucion de defender la independencia y la existencia de los estados germánicos contra las codicias de confederados harto prepotentes, y demasiado ambiciosos.

Finalmente á todo el celo germánico añádase el celo austriaco, que, disimulado por las razones que se acaban de exponer en el seno del gabinete de Viena, se manifestaba sin rebozo en el seno de la nacion, del ejército y de la corte. Especialmente en el estado mayor austriaco se sentia y se expresaba una verdadera cólera contra el doble proyecto de Prusia y Rusia, porque para Austria tan alarmante era uno como otro. Los militares austriacos, que tenian la pretension de haber servido á la causa europea tanto por lo menos como los demás ejércitos aliados, pues, á su decir, arrinconados los ru-

sos y los prusianos junto al Oder por las derrotas de Lutzen y de Bautzen, pronto fueran rechazados sobre el Vistula sin su ayuda, ahora preguntaban si por precio de su sangre se les iba á crear una situación peor que bajo la dominacion de Napoleon, y si efectivamente se iba á poner en torno de las montañas de Bohemia, á los rusos á la derecha, á los prusianos á la izquierda, y á entregar á estos comunes enemigos los desfiladeros, cuya importancia suma habian demostrado Federico el Grande y Napoleon. Aunque poco inclinados á volver á empezar la guerra, no vacilaban en declarar que puesto que todos parecian prontos, más valia hacerla de seguida que mas tarde, á fin de impedir una doble usurpacion desastrosa. Con efecto, Austria tenia doscientos cincuenta mil hombres, que podian operar al punto, en Bohemia, Moravia y Galitzia; en aptitud estaban de dar cien mil los demás estados alemanes, y aun cuando por estar ocupada en América no suministrase Inglaterra nada, estando seguro el socorro de ciento cincuenta mil franceses, el resultado era infalible segun ellos con una fuerza efectiva de quinientos mil hombres.

Asi, dejando fermentar todos estos sentimientos sin mezclarnos demasiado, teniamos la certidumbre de ser llamados en breve á representar un gran papel, un papel decisivo en el sentido de la política adoptada por Francia. No obstante, los dos hombres encargados de desenredar la enredada madeja de la política de Europa, lord Castlereagh y Mr. de Metternich; uno sencillo, sensato, firme, aunque á veces torpe, otro profundo é infinitamente hábil con formas alemanas, querian desatar este nudo gordiano sin hacer uso de la espada

de Alejandro, porque esta espada siempre seria la de Francia, y lo de llamar ellos mismos á los ejércitos franceses á Alemania les parecia á la vez un contrasentido singular y un grave peligro. Además de acuerdo sobre el fin, no lo estaban relativamente á los medios. Mr. de Metternich no queria ceder ni á Rusia ni á Prusia, aun poniendo en su oposicion la más extremada paciencia, para evitar una ruptura. Por el contrario, lord Castlereagh deseaba contentar y atraerse á Prusia, y servirse de ella contra Rusia, lo cual la conducia á entregar la Sajonia por salvar la Polonia. Esta disposicion de lord Castlereagh era inherente á una manera de entender los intereses británicos peculiar á los ministros de entonces, que hay necesidad de explicar á fin de que sea bien comprendida.

Tal terror habia causado el bloqueo continental á los ingleses, que sin cesar temblaban lo de verle renovado, sino por las manos de Napoleon, á lo ménos por las de los Barbones, lo cual no estaba mejor razonado que lo están ordinariamente las concepciones del miedo. Bajo la influencia de esta preocupacion habia confiado el litoral del Norte á la casa de Orange, dándola la Bélgica y la Holanda, y temiendo que ni asi fuera bastante fuerte, le proporcionaron la alianza de Hanóver que se proponian reforzar, y la de Prusia, á la cual habian impuesto las provincias rhinianas, para hacerla necesariamente nuestra enemiga. Recelando no haber asociado bastante aun á Prusia á esta causa, se hallaban dispuestos á hacerle la entrega de la Sajonia, lisonjeándose de cohonestar este abandono ante el parlamento, motivándolo sobre el sistema de las alianzas británicas. Pero como de-

sesperaran de hacer sobrellevar á este mismo parlamento el sacrificio de la Polonia, se habian determinado á resistir á la Rusia, y por esto querian separar de ella á los prusianos con cedertes la Sajonia, y se prometian aislarla así de modo que se viese obligada á soltar su presa.

Esta política tan complicada desagradaba mucho á Mr. de Metternich, que tenia un deseo igual de defender á la Sajonia y la Polonia. Pero no se reduce fácilmente á los ingleses, si han entendido sus intereses de cierto modo; y conociendo Mr. de Metternich que no podria lord Castlereagh ver claro hasta despues de una tentativa sin fruto, le dejó hacer á sus anchas, bien penetrado de que bastaba defender solamente una de las dos causas amenazadas, para asegurar la salvacion de una y de otra. Con efecto, Alejandro y Federico Guillermo se habian dado mútua palabra por la Sajonia y la Polonia, Federico Guillermo no podia faltar á su palabra y á la amistad hasta el extremo de aceptar la Sajonia, si la Polonia no era cedida á Alejandro; añádase que, dispensado del sacrificio de Posen, si no se adjudicaba á Rusia, toda la Polonia, así quedaria privado del único argumento especioso para exigir la Sajonia. De consiguiente rehusar la Polonia equivalia á negar la Sajonia al mismo tiempo, y salvar la una era tambien salvar la otra. Penetrando esta conexiön perfectamente, lejos de retener Mr. de Meternich á lord Castlereagh, le dejaba marchar adelante, seguro de que no podia oponer á Alejandro mas formidable adversario. Independientemente de su carácter entero tenia lord Castlereagh la ventaja de representar á la potencia mas desinteresada en las distribuciones territoria-

les del continente, y además la de que pagaba á todas las otras. Y esta superioridad del que da sobre el que recibe trascendia siempre en las relaciones de Inglaterra, con sus aliados. Obrando pues á su manera, lord Castlereagh pidió una entrevista á Alejandro, y la obtuvo inmediatamente.

A la sazón ya habia dominado el czar algun tanto sus primeras impresiones de sorpresa y de ira. Impresionable era, si bien fino como un asiático, y tan dominado por su afición á agradar que no podia sostener por largo tiempo el papel de un hombre enojado. Obedeciendo á su carácter y á las circunstancias, se dió á halagar á todo el mundo en Viena, con especialidad á los militares; se hacia conducir á los diversos campos de batalla donde se habia peleado durante la campaña de Wagram, y aunque estaba con los vencidos, le ocurrían mil cosas que decirles muy lisongeras, casi siempre andaba á pie por las calles, apoyándose en el brazo de un diplomático unas veces, y en el de un militar otras, como simple particular frecuentaba los salones de Viena, se familiarizaba con todas las clases, se esmeraba en olvidar su categoria con los principes que afluían en el congreso, se aplicaba á seducir en suma y lo conseguia del todo, porque pocos hombres tenían este talento en tan alto grado. Mucho se notaba por esta época su intimidad con el principe Eugenio, despues de proteger en París á su madre y hermana, el cual habia ido á solicitar el principado, que por el tratado de 11 de abril se le habia prometido. Alejandro le presentaba en todas partes, encomiando su fidelidad á Napoleon, lo cual á la sazón le dañaba ménos que la dificultad de arrancar una parte á la codicia uni-

versal. Así Alejandro para agradar se movía mucho, y todos sus esfuerzos no bastaban á contrabalancear el mal efecto de su política.

Apenas recibió de lord Castlereagh la petición de una entrevista, cuando respondió al punto yendo á casa del ministro británico en persona. Muy conmovido éste ante semejante porte se mostró tan agradecido y respetuoso como era debido, más perseveró inglés, esto es absoluto, y queriéndolo contemplar todo, no contempló nada.

Primeramente dedicóse á probar que Inglaterra había aspirado á complacerle en todo; que en 1812 le había ayudado á concluir la paz de Bucharest con los turcos y á hacer la adquisición de la Besarabia; que había decidido á Persia á concederle una frontera mejor hácia el mar Caspio; que finalmente, á pesar de su repugnancia de entregar la Noruega á Suecia, lo había consentido por asegurar definitivamente á Rusia la conquista de la Finlandia. Después de conmemorar sus títulos á la gratitud de Rusia, lord Castlereagh tomó uno á uno los tratados de Kalisch, de Reichenbach, de Tœplitz, concluidos en febrero, junio y setiembre de 1813, y demostró que prescribían formalmente á las tres potencias continentales distribuirse el ducado de Varsovia entre ellas, lo cual no significaba que una de las tres lo tomara entero para sí sola. Luego pasó á las consideraciones generales, hizo valer las inquietudes que Rusia causaba á toda Europa, insistió sobre la turbación que ya había esparcido entre los aliados, y no vaciló en decir que el congreso de Viena, del cual se esperaba hacer que datase el reinado de la moderación y de la justicia entre las naciones civilizadas, de no andar

con cuidado, no ofrecería en breve más que una escena de ambición, capaz por sí sola de influir en que se echara á Napoleon muy de ménos. Lord Castlereagh dijo todo esto con ese lenguaje llano y positivo, que no exagera nada sin duda, pero que nada dulcifica tampoco, y que hace más sensible la gravedad de las cosas, presentándolas al desnudo.

Por desgracia ninguna de las cuatro potencias que se disputaban los pedazos del continente europeo, se hallaba en disposición de dar una lección de moral á las otras, sin que al punto se la volvieran al rostro, y si Alejandro hubiera querido trazar el cuadro de las ambiciones inglesas desde la ocupación de Malta hasta la del Cabo de Buena Esperanza y la isla de Francia, sin duda embarazara al ministro británico muy cruelmente. Se contuvo, aun sintiéndose muy afectado; más sin embargo no quiso de ningún modo quedar bajo el peso de los servicios, que Inglaterra blasonaba de haberle prestado, y con mucho tacto y no poca socarronería hizo notar á lord Castlereagh que la doble paz de Rusia con Persia y Turquía, facilitada verdaderamente por Inglaterra, no fué sino para que las tropas rusas se hallasen disponibles contra Francia; que la Noruega se había concedido á Bernadotte, si bien para arrancar á éste de los compromisos que le ligaban á Napoleon; y que así Rusia se podía sentir algún tanto aliviada del peso de los beneficios, al considerar las causas que al bienhechor sirvieron de norma. Pasando luego á los tratados de Kalisch, de Reichenbach, de Tœplitz, demostró Alejandro que se habían hecho para una situación á la cual no eran ya aplicables; que en la época de

los tales tratados se esperaba á lo sumo oponer algunos límites al poder de Napoleon ilimitado hasta entonces, pero no llevarle hasta el Rhin, y ménos hacerle perder la corona; que en esta inesperada prosperidad de las armas comunes, Austria habia ganado el Inn, el Tirol, la Italia; Inglaterra la Holanda y la Bélgica, y no era justo que Prusia y Rusia, despues de correr peligros mucho mayores que Inglaterra, no tuviesen ninguna parte de este imprevisto acrecimiento de buena fortuna; que por lo demás, en cuanto á la Sajonia estaba comprometido con su amigo el rey de Prusia, y en cuanto á la Polonia con los polacos mismos. A sus ojos, segun dijo Alejandro, la desmembracion de la Polonia, fué un atentado; cuyas morales consecuencias no habian cesado de pesar sobre Europa, y cuya reparacion era política y honrada. Solo Rusia tenia medios de llevar esta reparacion á cabo, porque poseia la mayor parte de las provincias polacas, en cuyo caso no se encontraba ni Francia, que habia probado á reconstituir la Polonia, ni Prusia y Austria que jamás abrigaron tal designio. Despojándose Rusia de las provincias que tenia en sus manos, con un corto sacrificio por parte de Prusia, y cuya compensacion estaba ya acordada, se hallaba en actitud de restablecer la Polonia, y restablecerla como reino separado, de dotarla de instituciones liberales, de moderarla segun el uso que hiciera de ellas, y en suma de realizar una obra que sería la gloria de la Europa y del congreso de Viena. Se habia propuesto este noble fin, se hallaba en visperas de reducirlo á la práctica, y no pensaba desistir de ningun modo. A mayor abundamiento, al entrar en Polonia habia

hecho promesas á los polacos á fin de que abandonaran á Napoleon, y estaba decidido á cumplírselas. No era del número de los soberanos prontos á empeñar en los casos de necesidad su palabra, y que con igual facilidad se desdicen de ella asi que la necesidad ha pasado. Sus promesas serian cumplidas, y creia haber prestado á Europa bastantes servicios para que á su vez se le mostrase alguna condescendencia.

En el emperador Alejandro habia una mezcla de exaltacion y delicadeza novelesca, que no siempre permitia distinguir la parte de sinceridad y la de ambicion en su lenguaje. A la verdad la gloria de restablecer la Polonia, le tocaba por los más nobles lados de su alma, y se persuadia casi de hacer un sacrificio al ceder la Lithuania y la Volhonia, para construir un reino de Polonia, como si una vez constituido este reino no fuera suyo, sino de otro. Asi se indignaba con cierta buena fé al ver la resistencia que se oponia á sus deseos.

Esta indignacion no hizo en lord Castlereagh mella alguna, y volvió á la carga, valiéndose de las buenas y malas razones que le suministraba la situacion. Nada sólido se podia replicar acerca de los tres tratados de 1813, porque estos tratados se redactaron ante la perspectiva de triunfos á medias, y á semejanza de los demás tenia Rusia derecho á la distribución de los resultados inmensos con que no se habia contado. Lord Castlereagh no podia oponer á Alejandro mas que razones de moderacion y de equilibrio, razones excelentes, si bien no adquirieran valor en su boca, sin que Inglaterra renunciase la Bélgica, y Austria la Italia. Pero en contra de la reconstitucion de la Polonia

abundaban los argumentos, y con mucha fuerza los alegó todos.

Conviniendo con el czar en que la desmembración de la Polonia fué un atentado, le dijo que no sería Inglaterra, aplicada á combatirla constantemente, la que sostuviera lo contrario. Así estaba dispuesta á consentir el restablecimiento de la Polonia, si se quería completo, sincero y bajo las condiciones convenientes. Si por ejemplo, Austria restituía cuanto poseía de Polonia, si Rusia y Prusia se prestaban á las mismas restituciones, si se constituía este reino aparte, sin dependencia de ninguno de sus vecinos, si se le daba un príncipe polaco, y ya que no polaco, á lo ménos independiente de los tres coparticipes del territorio, si se añadían instituciones bastante monárquicas y liberales, Inglaterra estaba pronta á aplaudir este proyecto, y aun á coadyuvar á su realización á cualquiera costa. ¿Pero querían seriamente los tres coparticipes de la Polonia hacer á esta empresa los sacrificios necesarios? ¿Se hallaría un rey ca paz de tan magnífica obra? ¿Y finalmente sabrían los polacos vivir juntos, y proceder como una nación sensata y digna de la libertad que se le hubiese concedido? Lícito era no solamente dudarle, sino también no creerlo, y mirar el restablecimiento de que se hablaba como puro sueño. Pero, en vez de esta reparación verdaderamente moral y europea, restablecer una Polonia incompleta, ficticia, que se llamaría Polonia para agrandarla lo más posible, y que una vez agrandada de esta suerte se dejaría rusa, era querer hacer á Europa una ilusión á que no se prestaría de ningún modo.

Seguidamente lord Castlereagh habló á Alejan-

dro de las alarmas que suscitaba su proyecto, le dijo que, á no ser por la lealtad de su carácter, estas alarmas fueran tales que el congreso ya se hubiese disuelto, y por el reposo general y por su propia gloria, pidióle que renunciara á una pretension inadmisibile. Mucho trabajo costó á Alejandro contenerse durante esta entrevista, pues con todos sus atractivos no ejercía ningún influjo sobre la solidez del ministro inglés, á la par que éste con su torpeza personal tampoco producía efecto sobre la índole voluble é impresionable del emperador de Rusia. Se despidieron, pues, descontentos, y sin resultado alguno por ninguna de las dos partes.

Temeroso lord Castlereagh de no haber dicho cuanto necesitaba decir, anhelante de que se grabara todo en la memoria de su interlocutor angustado, y desvelado especialmente por preparar su justificación ante el parlamento británico, al día siguiente redactó una larga nota, y acompañándola con una carta confidencial, se la envió al czar, á fin de que de esta suerte constara su resistencia á las aspiraciones rusas. No se atuvo á esto solo, y á pesar del secreto que se habían prometido respecto de Francia, procuró alegar méritos de firmeza, dando cuenta á Mr. de Talleyrand de su entrevista y de su nota. Este quedó cautivado al ver á lord Castlereagh empeñarse tan vivamente, aunque se sintiera disgustadísimo de hallar á Inglaterra tan fácil en punto al abandono de la Sajonia. Esta singular táctica de Inglaterra le inspiró la idea de otra táctica equivalente, aunque en sentido opuesto. Deseando restablecer hasta donde fuera posible la balanza en provecho de la Sajonia,

sacrificada por lord Castlereagh, y valiéndose del príncipe Czartorisky, el cual estaba en comunicación frecuente con la legación francesa, hizo saber al emperador Alejandro, que Francia jamás cedería en cuanto a Sajonia, si bien estaba pronta á ceder respecto de Polonia. Hábil era la maniobra, porque, negando unos lo que otorgaban otros, se hacia imposible todo acuerdo consistente en satisfacer á la vez á Rusia y á Prusia.

Durante este tiempo los príncipes alemanés de segundo orden continuaban su oposicion calorosa. Dentro de la comision donde fueron reunidos para ocuparse en la constitucion germánica, resistieron á todas las combinaciones de Prusia y Austria propendentes á dominar la Confederacion. No podia ya ser restablecido el título antiguo de emperador de Alemania, tan largo tiempo llevado por los monarcas austriacos, y abdicado por Francisco II, al establecer Napoleon el año de 1806 la Confederacion del Rhin. Lo aceptara sin duda Austria, si se consintiera en hacerlo hereditario sobre la cabeza de sus príncipes, más no lo podia querer elegible, porque era someterse á una importuna dependencia electoral, y exponerse además á verlo pasar algun dia sobre una cabeza prusiana. Este motivo postrero bastara para inducirla á rehusar tal oferta. Desapareciendo el título de emperador, al cual era inherente la direccion de la Confederacion, se necesitaba de estados directores, como en Suiza, que alternaran unos con otros, á lo cual se adhiriera Prusia, si se concretara la alternativa á ella y á Austria. Poco propicia se mostraba ésta, mas en todo caso la Baviera, Hanóver y Wurtemberg, que no aceptarían la alternativa, si no se concreta-

ba exclusivamente á las dos grandes potencias alemanas. Asi se preparaba la solucion que ha prevalecido posteriormente de una simple presidencia de la Dieta, otorgada á perpetuidad al Austria, como imagen de la antigua autoridad imperial transmitida en su casa, teniendo de ménos la magestad del título, y de más la perpetuidad, si bien presentando el grave inconveniente de dejar indecisa la importante cuestion del mando militar.

Una cuestion no ménos trascendental que la de la direccion del cuerpo germánico era la del modo de existir de los Estados confederados y la indole de sus relaciones con las potencias europeas. Hasta entonces los Estados confederados, aunque enlazados entre sí por un vínculo federativo, habian gozado de la independencia soberana, esto es, habian conservado el derecho de legacion y de guerra, pudiendo tener enviados cerca de todas las córtes, y sustentar ejércitos y disponer de ellos. Esta doble facultad les habia llevado á menudo á contraer alianzas, si no contrarias á la Confederacion misma, á lo ménos á las dos potencias alemanas preponderantes, y si de aqui habia resultado á veces la intervencion del extranjero, tambien habia resultado la salvacion de la independencia comun. Prusia queria absolutamente que se negara á los confederados el derecho de legacion y de guerra. En este dictámen fué sola, y dentro de la comision halló una oposicion absoluta. Por fin, casi en todas las ocasiones declararon Baviera, Wurtemberg y Hanóver, que no emitirían parecer alguno sobre los puntos en litigio hasta que se decidiera completamente la suerte de Sajonia. Hasta amenazaron con una protesta, firmada por todos

los Estados alemanes contra los proyectos atribuidos á ciertas potencias respecto de la Sajonia; y la comision acabó por no reunirse interin esta gran cuestion no quedase resuelta.

No habia que perder mucho tiempo hasta llegar al 1.º de noviembre, no habiéndose firmado y publicado sino el 8 de octubre la declaracion de aplazamiento. De recelar era por tanto que el término se echara encima, sin que se hubiesen entendido. Baviera, potencia la más activa y más importante entre los Estados alemanes de segundo orden, anunciaba la resolución de recurrir á las armas para defender la Sajonia. Ya habia reclutado su ejército elevándole á setenta y cinco mil hombres, estimulaba á Mr. de Metternich, denunciaba lo que llamaba su debilidad, ofrecia suministrar veinte y cinco mil hombres por cada cien mil que suministrase Austria, iba de Mr. de Metternich á Mr. de Talleyrand, á quienes no necesitaba escitar por cierto, pedia al último que no se limitase á palabras, y avanzara á las amenazas y sobre todo amenazas efectivas, á declarar, por ejemplo, la intencion del rey de Francia de emplear la fuerza, si se hacia necesario. A su decir, tan luego como Mr. de Talleyrand usara tal lenguaje, Austria é Inglaterra no tendrían excusa, ni motivo para andar en tergiversaciones, y acabarían por declararse formalmente, y así se salvaria la independencia de Alemania al mismo tiempo que la de Europa. A esto respondia Mr. de Talleyrand que Francia estaba pronta; que, sin embargo, no era conveniente que por sí sola se encargara de la tarea propia de las potencias más interesadas en la cuestion; que á estas correspondia explicarse, ó á

lo ménos expresar un deseo, y que á la primera señal seria en su apoyo el brazo de Francia; pero que apenas se dignaban dirigirse á la legacion francesa; que se la tenia segregada de todas las negociaciones, y que despues de todo no podria imponer su ayuda á gentes que parecia no quererla.

Baviera apresuróse á repetir á Mr. de Metternich los mismos argumentos, y rehusando éste, no lo de obrar directamente, sino lo de obrar pronto, para excusar sus lentitudes alegó primeramente la extraña táctica de Inglaterra, que para salvar la Polonia empezaba por sacrificar la Sajonia, y luego las intenciones de Francia, siempre sospechosas de ambicion en su concepto; y á la verdad esta razon era de singularidad suma, porque entonces la única potencia que no mostraba ambicion en Viena era Francia. Mr. de Metternich añadió que seria asumir una responsabilidad grande lo de introducir por sí mismos á los ejércitos franceses en Alemania, á distancia tan corta de los tiempos en que fueron allí tan dominadores, tan onerosos y tan detestados; fuera de que los tales ejércitos no existian tampoco, á lo ménos para los Borbones, incapaces de agruparlos en torno de las banderas y de acaudillarlos; que Francia hablaba mucho, pero sin poder ni querer obrar; que solo hablaba para embrollarlo todo, para sembrar zizaña, para recuperar su posicion á la sombra de las desavenencias de los aliados que la habian vencido. Estas respuestas fueron dirigidas al príncipe de Wréde, que nos las comunicó inmediatamente, y sonaron no solo en boca del ministro dirigente, sino en la del emperador y en la de muchos archiduques, con el verdadero deseo de que nos fuesen transmi-



tidas, lo cual era una especie de provocacion á explicarnos. Finalmente, este mismo lenguaje que los austriacos usaban con sentimiento y en son de excusa, de subito adquiria la forma de la jactancia y de la befa en boca de los prusianos, que aspiraban á hacer creer en la impotencia de Francia, y de los rusos que aspiraban á hacer creer en la de los Borbones.

No era posible tratar con indiferencia tales especies, y se necesitaba destruirlas por virtud de manifestaciones positivas y convincentes. Monsieur de Talleyrand declaró que Francia tenia voluntad y medios de obrar, de lo cual daria pruebas asi que se le pusiera en situacion de suministrarlas, y que en todo caso muy luego patentizaria sus resoluciones y sus recursos. Inmediatamente escribió al rey, y encargó al duque de Dalberg que escribiera al gabinete, y al gabinete como al rey propuso una resolucion doble, la de armarse de seguida, y la de anunciar sin rebozo las causas. Con el convencimiento de que Luis XVIII no queria la guerra, aunque uno de sus sobrinos, el duque de Berry, se mostrase en sentido contrario, sabiendo que el consejo participaba de la misma opinion de Luis XVIII, les dijo con exactitud suma que no era verosímil la guerra, si bien por efecto del espanto que infundia á todos, los dominaria el que la hiciera temer más de cerca; que las cosas no irian en Viena más allá de simples demostraciones, pero que se necesitaba estar en disposicion de hacerlas y muy formales; que de esto dependia la consideracion de Francia, á la par de su consideracion su influencia y el logro de sus deseos, y que lo que anhelaba, por ejemplo, en

Italia tenia intimo enlace con lo que pasara en Alemania, y que no seria poderosa por un lado, sino poniéndose en aptitud de serlo tambien por el otro.

Esto equivalia á coger al rey por su flaco sensible; hablarle de Italia, esto es, de Nápoles y de Parma, era emplear el verdadero medio para que prestara oidos. Además, el consejo era sano y de buena fe, aunque por una estraña casualidad no hubiera de redundar en provecho de la casa de Borbon, segun se verá más tarde.

No dejaron de conmover en gran manera á Luis XVIII estos despachos expedidos á mediados de octubre. Segun ya hemos dicho se inclinaba singularmente á la paz, asi por Francia que tenia gran necesidad de ella, como por su familia, como que era uno de sus títulos principales, y por si propio, que solo tenia razones para ser pacifico en su edad y con sus achaques y por la indole de su talento. Agradecido estaba á su representante en Viena á causa de profesar tan altamente el principio de la legitimidad, y de haber desbaratado el proyecto de excluir á Francia de las deliberaciones comunes; con júbilo veia la probabilidad de derrocar á Murat, y con cierto gusto la posibilidad de salvar á su primo de Sajonia; pero hallaba demasiadamente bulliciosa á la legacion francesa, y temia que le llevara más lejos de donde queria ir. Sobre lo que se le proponia desde Viena, deliberó primero en familia, y despues en pleno consejo. No habia que titubear sobre la resolucion de ningun modo, pues la dictaban todas las razones grandes y pequeñas, buenas y medianas. En primer lugar se trataba de la actitud de Francia en Viena, y

ni por ella misma, ni por los Borbones, se debía dejar correr la opinion de haber quedado herida de impotencia desde la restauracion de la antigua dinastía, por ser tan grave esta preocupacion y tan dañosa para el país como para la familia reinante. En segundo lugar, de la influencia que adquiriéramos en Viena evidentemente debía resultar la solucion deseada en Italia, solucion á que Luis XVIII daba tanto precio, y á que no lo debían dar menor sus ministros, porque á la sazón la seguridad de los Borbones venía á equivaler á la de Francia. En tercer lugar, tras de renunciar al logro de ventajas territoriales en Viena, para Francia la salvacion de la monarquía sajona era un resultado de alguna importancia. Con razon ó sin ella, el rey de Sajonia pasaba por víctima de su adhesion a nuestra causa, y nos debía hacer honor el salvarle, segun discurrían cuantos en nuestro país blasonaban de patriotismo. Asi habia la certidumbre de ganar cierta popularidad con salir airosos, aunque las ideas de legitimidad no se tomaran en cuenta. Finalmente, lo de restablecer nuestro estado militar urgía mucho, pues los límites rentísticos impuestos al ministro de la Guerra, los gastos accesorios añadidos á su presupuesto imprudentemente originaron que se dejara caer al ejército mas abajo de las proporciones previstas. No presentaban los regimientos más que cuadros vacíos, á los cuales era imposible ejercitar en maniobras. Se explicará este resultado si se considera que el módico efectivo de doscientos mil hombres, que se creyó poder sustentar con un presupuesto de 200.000.000 de francos, se redujo primero á ciento cincuenta mil hombres, y después á

ciento treinta mil por falta de recursos. Concretarse á tal efectivo ante el estado de los ejércitos europeos era como renunciar á la existencia de Francia. Por otra parte, estas reducciones eran una de las causas del descontento de los militares, y tanto la política interior como la política exterior aconsejaban poner sobre mejor pié el ejército. Por todas estas razones fueron tomadas en muy seria consideracion las proposiciones de la legacion francesa, y se presentaron al Consejo real muy bien apoyadas.

Nunca habian sido más que rentísticas las dificultades de la cuestion esta. Ya reunido el consejo, Luis XVIII apeló al patriotismo del ministro de Hacienda. Este no habia cesado de declarar que, aun manifestándose muy riguroso en la fijacion de los gastos, y por esta razon cabalmente, siempre tendria á disposicion del rey 100.000.000 para un caso de urgencia. Efectivamente, restableciendo el crédito público por virtud de la firmeza de su política rentística, se habia creado un vasto recurso. Sus reconocimientos de liquidacion habian alcanzado éxito completo, pues mediante un ágio de siete ú ocho por ciento tenian curso en la plaza. Además, gracias á su constancia, se empezaban á recaudar las contribuciones indirectas, y no le apuraba hacer frente á un gasto imprevisto de uno 30 000,000 de francos.

Sin embargo, Mr. Louis sorprendióse de que tan pronto se le cogiera la palabra, y se le colocara en el caso de probar la extension de sus recursos. Pero no entendia ménos de política que de hacienda, y habiendo declarado el ministro de la Guerra que tendria bastante con 40.000,000

al punto respondió que estaba pronto y que los daría á medida que ocurriesen las necesidades. De este modo recogíase muy en breve el premio de la buena conducta observada respecto de hacienda, siguiendo las impresiones del espíritu recto y vigoroso que dirigía este ramo.

Ya asegurados los fondos para el ejército, solo faltaba saber de que manera serian empleados. Aun era ministro de la Guerra el general Dupont, y hubiera querido que se aplicara á los doscientos veteranos vueltos del extranjero, y despedidos á lo interior con licencia, el sistema de reserva consistente en dejar á los hombres en sus casas, ejercitándolos de vez en cuando. Se debía facilitar la adopcion de ese sistema por la existencia de treinta mil oficiales á media paga, á quienes se proporcionaria así un servicio activo muy provechoso con un sueldo suplementario. Aun no se habia experimentado este sistema lo bastante, ni en la misma Prusia, donde no fué más que una astucia administrativa ideada para exceder los límites impuestos por Napoleon al ejército prusiano, y no se conocia su valor positivo. Se temia poner en movimiento á tantos hombres, oficiales y soldados, de disposiciones muy sospechosas; además la operacion debía ser larga, cuando se necesitaban resultados inmediatos y muy seguros. Por todas estas razones, y á propuesta muy juiciosa del duque de Berry, se prefirió llamar á las filas á setenta mil soldados, de manera de elevar el efectivo de ciento treinta mil á doscientos mil hombres, y de reponer sobre mejor pié nuestros regimientos. Para juntar este número de hombres no se necesitaba recurrir á la

consercion nominalmente suprimida, y segun se debe hacer memoria bastaba con sacar de sus casas á parte de los militares, que se consideraban como en el goce de licencia, ya por haberla obtenido legalmente, ya por habersela tomado con la desercion ellos mismos.

A los despachos oficiales en que se anunciaban á Mr. de Talleyrand las resoluciones del gobierno, los ministros de Hacienda y de Guerra debian añadir cartas particulares que se pudieran enseñar confidencialmente, y en las cuales se le diera á conocer el buen estado de la hacienda y del ejército. Especialmente el ministro de la Guerra tenia encargo de decirle que iba á tener doscientos mil hombres, y tendria trescientos mil dentro de un mes en caso necesario, veteranos todos, y perfectamente dispuestos, lo cual era verdad si se trataba de combatir á enemigos exteriores. El rey escribió á Mr. de Talleyrand para exponerle sus sentimientos personales. Le dijo que, á pesar de su amor por la paz, no queria que Francia quedase por debajo de su papel natural y se mostrase incapaz de sostener la causa del buen derecho; pero recomendó expresamente que no la empeñara en una coalicion de que solo tomaran parte el Austria y las pequeñas potencias alemanas. Su deseo era que se incluyese tambien á Inglaterra, para estar unido á ella constantemente, y para estar más seguro del resultado de una guerra si se llegaba á esta extremidad dolorosa. Siempre le designaba como los dos objetos más esenciales la expulsion de Murat del trono de Italia, y la traslacion á una de las Azores del prisionero de la isla de Elba.

Mientras en París se despachaban estas respuestas á las instancias de Mr. de Talleyrand, la agitacion habia continuado en Viena, y el debate habia quedado entre el emperador Alejandro y lord Castlereagh, persistiendo éste en sus esfuerzos para salvar á la Polonia con el sacrificio de la Sajonia. Se sabia que el principe regente de Inglaterra, en su calidad de rey de Hanover no opinaba por este sacrificio, y antes bien era de dictámen muy contrario, y se pusieron en juego ciertas influencias cerca de su persona, á fin de que exigiera la modificacion de las instrucciones dadas á lord Castlereagh sobre este punto. Pero entretanto lord Castlereagh seguia su plan, con la esperanza de atraerse á Prusia, de aislar á Rusia, y de obligarla á que cediera ya aislada. Aun cuando fuera sumamente difícil separar á Federico Guillermo de Alejandro, la verdad es que los ministros prusianos parecian ménos inquebrantables que su monarca, pues muchos de ellos manifestábanse inquietos de los progresos de Rusia hácia el centro de Europa, del mal efecto que produciria en los alemanes la incorporacion de Sajonia á Prusia, y en soma no semejaban tan comprometidos á la alianza rusa como su soberano. Habiendo echado de ver lord Castlereagh esta diferencia entre Federico Guillermo y sus ministros, se habia lisonjeado de unir á Prusia y Austria, de valerse de estas dos potencias para obligar á Rusia á detenerse detrás del Vistula, y todo sin recurrir á Francia, que se continuaria así dejando fuera de los grandes negocios de Europa. De consiguiente, con Inglaterra, Prusia, Austria y todos los Estados alemanes esperaba formar en

Europa una masa central que contuviera á Rusia, y prescindiera de Francia, y fuera árbitra suprema de las cosas.

Obligado Mr. de Metternich por el grito de Alemania, por el del ejército austriaco, á declararse más pronto quizá de lo que hubiera querido, aunque abandonado por Inglaterra en punto á la cuestion de Sajonia, se vió obligado á presentarse á la politica de lord Castlereagh en cierto modo, y entregó á la Prusia un despacho, en el que por fin espresaba las intenciones del emperador Francisco y de su gabinete. En este despacho, de fecha de 22 de octubre, pocos días antes de la época señalada para la apertura oficial del congreso, Mr. de Metternich, dirigiéndose á Prusia en el tono de la mayor cordialidad, recordaba que desde principios de 1813, aún antes de haber roto con Napoleon, el Austria habia asentado como principio la reconstitucion de la Prusia, haciéndola condicion expresa de su politica, que por tanto no se la podia considerar bajo la influencia de la antigua rivalidad que habia dividido á las cortes de Viena y de Berlin en otros tiempos: la suplicaba que examiuara, si en su interés propio no seria más prudente renunciar á aquella adquisicion de Sajonia, pagada tan caramente con el establecimiento de Rusia junto al Oder, reprobada por todos los alemanes, y tan odiosa á sus ojos que tan impopular seria quizá el gabinete austriaco por haberla consentido, como el gabinete prusiano por haberla llevado á remate. Mr. de Metternich consultaba si no seria mejor entendido dejar existir el núcleo del reino de Sajonia, aun castigando al rey Federico Augusto con algunas re-

ducciones de territorio, eximirse de las funestas promesas hechas á Rusia en cuanlo á Polonia, dar así satisfaccion al sentimiento universal de Alemania y seguir por fin una conducta más conforme á la política reparadora de que se hacia gala á los ojos de Europa, y que no se practicaba entonces. Despues de exponer su opinion bajo la forma de un consejo, Mr. de Metternich añadia que, si á pesar de su dictámen, se llegaba al sacrificio de la Sajonia, no lo haria sino bajo ciertas condiciones, y condiciones absolutas del consentimiento por parte de Austria. Ante todo, Prusia adquiria el compromiso de separarse de Rusia en la cuestion de la Polonia, y de opinar cuando se trata de resolver esta cuestion al modo de Austria y de Inglaterra. Además, hasta con el deseo de hacer que reinara la más perfecta cordialidad entre las dos córtes de Berlin y de Viena, se necesitaba no obstante establecer entre ellas cierto equilibrio, y de consiguiente asentar justas proporciones entre la masa de los Estados del Norte y los Estados del Mediodía, que formaban la clientela de una y de otra. Ahora bien, el Austria queria que el Mein á la derecha del Rhin, y el Mosela á la izquierda, fuesen los limites que separaran los Estados del Norte de los del Mediodía, á fin de que Maguncia no perteneciera á los Estados del Norte, esto es, á Prusia.

En la situacion en que la singular táctica de lord Castlereagh le habia colocado, no podia Mr. de Metternich salir más hábilmente del apuro que con esta nota, porque, si eran de fácil aceptacion las últimas condiciones insinuadas á Prusia relativamente al limite entre los Estados del Norte y del

Mediodía, la de separarse en la cuestion polaca de Rusia casi era inaceptable por el rey Federico Guillermo, y á pesar de seguir Mr. de Metternich la senda trazada por Inglaterra, no llegaba ménos á sus fines de salvar á la vez á la Polonia y á la Sajonia.

Singularmente debia irritar al emperador Alejandro la posicion que acababa de tomar Austria, porque veia á todo el mundo volverse en contra, y que todos los esfuerzos se enderezaban á separarle de la Prusia. Queriendo imponer á la oposicion que hallaba en todos, ideó hacer una manifiestacion decisiva, y así por su parte como por la de Prusia patentizara una resolucion irrevocable. Aún ocupaban las tropas rusas á Sajonia; invitó al rey de Prusia á que la ocupasen tropas prusianas, y á emprender la organizacion administrativa y política del país de seguida. A más dirigió sobre Polonia las tropas rusas que evacuaban á Sajonia, de modo de concentrar junto al Vistula todas sus fuerzas y de presentar una barrera de hierro á los que probaran á arrancarle su presa. Al mismo tiempo dispuso que se encaminara á Varsovia su hermano el gran duque Constantino, á quien se suponía destinado á ascender á rey de Polonia, para comenzar la organizacion del nuevo reino. No era posible desafiar mas abiertamente la opinion y la dignidad de las potencias reunidas en Viena, pues antes de su decision se tomaba posesion de Estados, cuya soberanía solo por ellas podia ser adjudicada.

Así fué unánime el grito contra una manera de proceder tan atrevida y tan arrogante. Acusado Mr. de Metternich por todos los alemanes de debi-